

***El tiempo de la revuelta*, de Donatella di Cesare (Madrid, Siglo XXI Editores, 2021, traducción de Juan González-Castelao, 134 pp.)¹**

Juan Pablo SILVA-ESCOBAR

Universidad Mayor, Chile

Centro de Investigación en Artes y Humanidades (CIAH)

jp.silva.escobar@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5088-4332>

El tiempo de la revuelta de la filósofa italiana Donatella di Cesare nos sumerge en una serie de reflexiones acerca de las distintas formas políticas y sentidos filosóficos que ha adquirido la revuelta en los últimos años. Estructurado a partir de veintitrés capítulos cortos en los que se abordan cuestiones como la aparición política de aquellos/as que no suelen aparecer políticamente, el espacio público como lugar de expresión de lo que sucede afuera, la desobediencia civil como mecanismo de resistencia, entre otras problemáticas. El libro no solo entretiene un elogio de la revuelta como posibilidad de expansión política, sino también conforma, a partir de una mirada afirmativa de esta, un tiempo histórico que nos interpela y, con ello, se busca problematizar los modos en que el *statu quo*, las injusticias, las asimetrías sociales y la precariedad social van sembrando un descontento silencioso que llega a un punto de no retorno, en donde la explosión anárquica de la revuelta se configura como una tensión y una disputa en contra del poder hegemónico. Se trata de tensiones y disputas

¹ Esta reseña es uno de los frutos del proyecto FONDECYT regular 1230124 “El estallido de los signos: un estudio sobre los repertorios de comunicación multimodal de la revuelta social del 2019 en Chile”, financiado por Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID).

Juan Pablo SILVA-ESCOBAR

El tiempo de la revuelta, de Donatella di Cesare (Madrid, Siglo XXI Editores, 2021, traducción de Juan González-Castelao, 134 pp.)

Sur y Tiempo. Revista de Historia de América, Nº11, enero-junio 2025, pp. 226-231.

ISSN 2452-574X

DOI: 10.22370/syt.2025.11.4486



indeterminadas, ambiguas y contradictorias, porque de alguna u otra manera, “la revuelta expresa un desasosiego impreciso, manifiesta un malestar vago pero persistente, revela todas las expectativas frustradas” (p. 20). La revuelta, desde esta perspectiva, es pensada como una zona en conflicto que abre el espacio público y lo transforma en un espacio liminal, en donde el tiempo histórico queda suspendido.

A partir de autores como Walter Benjamin, Hannah Arendt, Furio Jesi, Jacques Rancière o Judith Butler, por nombrar solo algunos/as, la autora va hilvanando la idea de la revuelta como una constelación. Esta idea, que atraviesa de manera implícita todos los capítulos del libro, le permiten a Di Cesare confrontar la visión mediática, que suele reducir la revuelta a una mirada apocalíptica de su actuar y, en su lugar, intentar evidenciar la constelación de sentidos y formas que adquiere la revuelta en los distintos contextos sociohistóricos en los que ha tenido lugar. La idea de la revuelta como constelación permite a la autora registrar una mirada acerca del modo en que ese tipo de manifestaciones sociales se articulan como condición de posibilidad para la inscripción de una realidad nómada. Es decir, la revuelta se constituye como una cuestión política errante, vertiginosa e intrincada que expresa el rechazo a la autoridad o más bien expresa el modo en que la autoridad ha establecido su poder de dominación, el cual se ha vuelto intolerable.

Una de las distinciones clave que hace Di Cesare es la contraposición entre revuelta y revolución. Para ella, “la revuelta se limita a destituir el poder, la revolución busca institucionalizarse” (p. 42). Esta distinción habla de la revuelta en el sentido de una conformación no teleológica, es decir, ella no persigue un propósito o un fin específico, ni siquiera “forma parte de la gran marcha del progreso, no se inserta en el plan de la emancipación. De hecho, es fractura, una interrupción, el momento en que descarrila el tren” (p. 43). De este modo, la revuelta, a diferencia de la revolución, se establece desde lo efímero, lo volátil y queda circunscrita a un tiempo y un espacio específico, en donde se materializa un momento sin doctrina, sin programa y sin proyecto político institucional, porque la revuelta es solo “una intuición, el destello de un pensamiento, es solo fortuita, no comienza, como la revolución, con una idea que llevar a cabo en la Historia” (p. 43). En este sentido, la revuelta contemporánea, al no buscar ingresar dentro de la política institucional, se mueve en los márgenes de lo

político, en esos intersticios en donde lo político se conforma como antagonismo.

Uno de los puntos relevantes que a mi modo de ver se aborda en el libro es el de la relación de la revuelta con el espacio público. Ya en las primeras páginas, la autora nos advierte que este se encuentra hace mucho tiempo disciplinado y controlado y que el derecho a la manifestación se halla reducido. Partiendo de la idea de que no todas las revueltas poseen la misma carga o intensidad subversiva y que ello se debe no solo al modo en que se plasman las reivindicaciones ni a la forma en que los ciudadanos se reúnen ni tampoco al despliegue pirotécnico de las diversas acciones que componen el repertorio de acciones colectivas, sino, más bien, el criterio decisivo –nos dice Di Cesare– se localiza en el modo en que se utiliza el espacio público, en la forma en que el espacio público se entreteje con las reivindicaciones, las acciones performáticas y con los protagonistas; es decir, si se sitúan dentro o afuera, si respetan o no los límites del espacio público como lugar de aparición política. En tal sentido, la revuelta pone en juego –con sus acciones performáticas, con su visualidad contestataria, con su sonoridad rebelde, con los cuerpos reunidos– el carácter público del espacio público. De ahí que uno de los aspectos que se evidencia con la revuelta y sus acciones en el espacio público es la constatación de que este es un sitio en constante disputa física y simbólica.

La disputa por el espacio público nos remite a la problemática del aparecer políticamente y, más precisamente, al derecho de aparición que se encuentra de manera irreductible vinculado con el espacio público. Siguiendo la línea desarrollada por Judith Butler respecto de la alianza de los cuerpos en contextos de manifestaciones sociales, Di Cesare plantea que el uso político que las multitudes hacen del espacio público conlleva necesariamente una reorganización del espacio de aparición pública y, en ese aparecer, emerge una “forma de resistencia de la vida herida que no puede soportar la invisibilidad, que ya no tolera la mera supervivencia. En calles y plazas confluye una masa que la gobernanza política no ha logrado gobernar, ni siquiera en su faceta policial” (p. 62). Así, con la aparición política de aquellos/as que no suelen aparecer políticamente en el espacio público, de aquellos/as que no suelen ejercer su derecho de aparición y por ello se encuentran marginados de cualquier posibilidad de participación de la política institucionalizada, cuando eso se rompe producto de la

revuelta y el espacio público se abre a la convergencia de esos/as no representados por la política oficial, el espacio público se reconfigura gracias a la performatividad de los cuerpos reunidos en calles y plazas.

Siguiendo la estela del espacio público como lugar de aparición, encontramos en *El tiempo de la revuelta* una interpretación sugerente acerca de la máscara como significante político de aquellos/as que, a través del ocultamiento del rostro emergen como sujetos políticos. Para Donatella di Cesare, “el anonimato es la respuesta a la política de la identificación” (p. 99). No es solamente esconderse, sino es un esconderse para mostrarse públicamente y ese acto sería una manera de resistir o franquear las políticas de videovigilancia y las técnicas biométricas de control facial. Desde esta perspectiva, ocultar el rostro y exhibir la máscara es una forma de reclamar el anonimato y, “en ese paradójico aparecer de forma encubierta debe verse su valor afirmativo, incluso performativo: esconderse mostrándose y mostrarse escondiéndose” (p. 101). De ahí que las máscaras (o las capuchas) se constituyan como dispositivos de visibilidad que vienen a reivindicar el anonimato como práctica que anhela “eliminar el *pathos* del escenario político, buscan desvincularlo del precio que [hay que] pagar por la aparición. De este modo, al poner al descubierto los límites de acceso, apuntan a un nuevo escenario político” (pp. 101-102). Uno que, de acuerdo con Di Cesare, enfrenta al poder en un choque cara a cara; a través del rostro cubierto de los/as manifestantes se entreteje la posibilidad de desenmascarar el rostro oculto del poder, porque las calles y las plazas se vuelven el escenario político de un encuentro que está a punto de estallar. De ahí que los cuerpos cubiertos/descubiertos de los/as manifestantes que ocupan el espacio público pongan a prueba el poder institucional, porque lo obligan “a volverse corpóreo y visible, a manifestarse en su forma institucional más violenta, en la fuerza de la ley y del orden” (p. 66). Con el rostro cubierto y los cuerpos reunidos, los/as manifestantes abren la posibilidad de quitarle la máscara al poder.

El libro se cierra con el capítulo “Barricadas en el tiempo”, en el que se trae a escena el célebre pasaje del texto *Tesis sobre el concepto de historia* de Walter Benjamin, donde el filósofo alemán describe cómo en la revolución de 1830 en varios sitios de la ciudad de París, en acciones independientes y simultáneas, se disparó

contra los relojes de las torres. Este hecho relatado por Benjamin le permite a Di Cesare cerrar su ensayo con la figura metafórica de la revuelta como ese momento fuera del tiempo histórico, ese instante en virtud del cual la continuidad histórica y homogénea de los vencedores se ve suspendida o aplazada por el devenir de la revuelta. De este modo, “la revuelta irrumpe el tiempo, echa por tierra la agenda del poder, detiene la rutina del despojo, trastoca la Historia. La revuelta estalla, inesperada e impredecible, sin un porqué, sin una razón, pero siguiendo su lógica: la de romper el marco establecido en el que se hacen valer las razones del orden” (p. 124). En consecuencia, la revuelta –nos dice di Cesare– no puede ser juzgada bajo los criterios de la historia, es decir, ser medida o inscrita bajo una mirada a largo plazo, porque el momento de la revuelta es discontinuo y zigzagueante, “es también una revuelta del tiempo” (p. 124).

La revuelta es trasgresión, roza la fiesta y se viste de carnaval; es también caos, ira, violencia y destrucción. En ella todo está en suspenso, porque la revuelta es otra forma de experimentar el tiempo, una que se hace principalmente desde un devenir anárquico o más bien desde “una transición anárquica hacia un espacio de tiempo en que no se evoca el pasado mañana, sino que se experimenta ya este en la liberación del lugar, de la identidad, de la pertenencia, en la violación de las fronteras nacionales y las fronteras estatales, en la desconexión de la arquitectura política” (p. 124). La revuelta se configura, entonces, como ese instante decisivo y radical que irrumpe, se enciende, se apaga y vuelve a irrumpir, pero nunca como si fuera una explosión casual: por el contrario, nos dice Di Cesare, la revuelta emerge como una sombra inquietante proyectada en la pared del espacio público, una sombra que se observa sobre los límites custodiados de la actualidad oficial a la cual pone al descubierto.

En síntesis, el libro *El tiempo de la revuelta* nos sumerge en la poética de la rebelión y esta poética tiene que ver con las maneras en que el tiempo histórico se ve interrumpido, tiene que ver con el modo en que el uso del espacio público se ve tensionado por la aparición de aquellos/as que no suelen aparecer políticamente, tiene que ver con la alianza de los cuerpos que reclaman reivindicaciones políticas, tiene que ver con el uso de la máscara como un dispositivo que hace, en el ocultamiento del rostro, emerger al sujeto político y, en ese aparecer, tensionar el espacio público y las

políticas de identificación y, tiene que ver también, con el carácter fantasmal de la revuelta, es decir, con el carácter dramatizado, carnavalesco y furioso que en ella se inscribe y que, de alguna u otra manera, permite a los/as manifestantes atravesar la complejidad de la subsistencia y el horror de lo real. Así, la revuelta como irrupción de lo reprimido en el espacio público confronta los límites de la opresión, es la repulsa al espanto de la vida precaria, es su rechazo a la injusticia, es el grito de muchos y muchas que se levantan contra el absurdo de la existencia del cotidiano neoliberal.